

EMILIO BUESO

✦ Diástole

ED | DE
SALTO | PÁGINA

✦ Diástole

Para Sofia

*A ojos del infinito, todo orgullo
no es más que polvo y ceniza*

LEÓN TOLSTÓI

Preludio:
El ignorante

Yo soy sólo un cero a la izquierda y un ignorante, todavía no me he dado cuenta de que el mundo que me rodea se ha puesto a manejar números muy grandes, de repente.

Ahora aún no lo sé, pero lo cierto es que me están vigilando desde este mismo momento. Alguien me está mirando, quizá mientras cruzo el parque, tal vez cuando entro en la farmacia.

Porque hay un individuo que me ha seguido durante media tarde y es probable que se ponga en este preciso instante a dar parte de mis movimientos por teléfono, empleando un móvil sin registrar y de cobertura satelital. O puede que justo ahora esté sacando algunas fotos de mi rostro, usando una cámara con teleobjetivo, o un visor de infrarrojos. Maquinaciones de ésas. Cosas de espías. Tópicos que parecen exclusivos del cine de intriga, hasta que uno se topa de bruces con ellos.

El caso es que alguien que trabaja para la Federación Rusa está tratando de averiguar quién demonios soy, el cero a la izquierda de una cuestión de Estado, el ignorante de todo ignorado por todos, en esta noche en la que todo empieza, y pese a que yo todo eso no puedo saberlo todavía. Por su parte, el armario que me vigila es un moscovita enjuto, de treinta y siete

años, que entorna los ojos y levanta la nariz como si estuviera olfateando una mierda enorme. Me ha visto entrar en mi viejo Talbot Horizon y luego me ha seguido durante un buen rato. Ahora me está mirando. Vigila mi gorro de lana, mi enorme anorak y el chándal que llevo debajo. Me observa sin que yo me entere de nada.

En el asiento del copiloto de su coche robado descansan un buscapersonas electrónico y un contador Geiger de diseño soviético. En el equipo de manos libres de su salpicadero se escucha una voz que habla, en un ruso altisonante, de fuerzas que operan en los límites de la física y de un peligro que, si continúa fuera de control, puede volver poner a Europa de rodillas.

Yo sigo ajeno a todo y lo que me queda. Estoy a punto de meterme en la boca de un oso polar, pero ahora no tengo otra cosa mejor que hacer que pelearme durante diez minutos interminables con el mechero de mi coche. Me desgañito y desespero hasta que le gano la partida al viejo chisme y consigo prender un cigarrillo. Después me lleva otros cinco minutos más arrancar el motor. Soy un fulano anodino que está malgastando vilmente el tiempo de un informador profesional con sus parsimonias.

Acto seguido, me las ingenio para poner la berlina en movimiento y me ocupo de mover mi gorro de lana al ritmo de la música y conducir. De dirigirme hacia un extraño encargo que acababan de hacerme.

Al fin y al cabo siempre he sido un cero a la izquierda y un ignorante.

Con el tiempo, me iré dando cuenta de ello.

Y eso que estaré muerto para cuando termine mi historia.

Noche primera

Ascensión

Comprendes que tu mala cabeza viene de familia cuando te das cuenta de repente de que estás haciendo las mismas tonterías que hicieron tus antepasados directos y que, para colmo, tú las estás haciendo todavía más gordas.

Mi abuelo, el buhonero, solía atravesar estas mismas montañas tirando de una vieja burra que iba siempre cargada hasta los topes; lo sé porque mi tío abuelo, el borde, me solía contar cómo fue de tronchante el día en que la pobre burra reventó, harta de tanta montaña y de tanto amo hijo de puta.

Ahora soy yo quien maltrata a su burra, porque mi viejo Talbot Horizon ya casi no reacciona cuando le piso el acelerador. No puede con su alma y la mía. Deben de pesar mucho, entre las dos. Apuesto a que si mi coche pudiera hablar ahora me pediría que le empujara yo hacia la cumbre de la montaña, porque, harto de tanta montaña y de tanto amo hijo de puta, no consigue vencer la pendiente, no se ve capaz de subir. Yo tampoco.

Yo hace años que me despeño.

Aguenta un poco más viejo amigo, le digo. Y reduzco una marcha, pongo segunda. Igual en segunda consigo que me lleve

cuesta arriba, el coche que me regalaron mis padres, cuando yo todavía no los había matado a disgustos.

Él traga gasolina como el que traga saliva ante un percance, su carburador hace de tripas corazón y tira de mí hacia la cima, petardeando, ahogándose y a punto de calarse, le rascan las bielas, se le saltan las lágrimas a su tubo de escape, se le encienden las luces que tiene tras el volante y su cara se sonroja como un árbol de navidad. Sé que mi coche está acabado, lleva diez años así.

Yo también.

Más de una vez he tratado de cambiarlo por un chute, pero ninguno de mis camellos lo quiere, a mi coche. Y eso que tengo más camellos que Lawrence de Arabia. Me pregunto si conseguiré sobrevivir a lo de hoy sin contar con ellos, porque no me veo trabajando esta noche con el fandango que me está bailando la heroína en las palmas de las manos. No sé si podré aguantar la jornada de hoy con este monazo.

Y el tío que me contrató lo sabe. Si ha visto antes a un polítoxicómano lo sabe. No sé en qué pensaba al pedirme que me ocupara de lo suyo. No comprendo cómo es que me ha salido este trabajo. Y parece un buen trabajo. Sobre todo si tenemos en cuenta que yo hace casi un año que no trabajo ya.

Soy pintor. De los caóticos. De los buenos. De los yonquis.

De los que se han echado a perder. Estaba yo en París buscándome la vida con mis lienzos y mis óleos cuando conocí primero a la chica equivocada, luego al amigo que termina siendo una mala influencia. Ella me llenó el corazón de veneno y él hizo otro tanto con mis venas. Siete años después, he vuelto a la ciudad que me vio nacer. Mis padres ya han muerto, pero el viejo Talbot Horizon que me dejaron sigue funcionando.

Estaba esperándome en casa de mi hermano. Mi hermano no, el coche. No tiene seguro ni está a mi nombre ni ha pasado la revisión, pero mi hermano me lo dio tras asegurarse de que volvía a funcionar, me lo entregó con la esperanza de que sirviera para volver a largarme lejos, bien lejos.

Ya que no viniste al entierro de papá haz el favor de alejarte con su coche ahora que vuelves por aquí, me dijo.

Y yo me largué al pueblo de al lado, quince kilómetros hacia el sur, donde encontré al tío que me vendía los porros en el instituto. Ahora vende cristal. No tardé en conocer a sus amigos, todos me vendieron droga, ninguno me compró el coche. No tardé en quedarme sin dinero, pero el coche todavía no lo he conseguido vender.

El putito coche.

Qué haría yo sin él. Qué hago con él. Más de una vez he estado a punto de palmar de una sobredosis, dentro de él.

Se cala. No podrá con la pendiente. La cuesta lo está derrotando. Se ha calado, esta vez sí.

Noto que el pobre trasto ha dicho basta cuando se para por completo y la horrible rampa tira de él, hacia atrás, directo al quebrado montañoso que se abre tras la cuneta, tan exigua.

Un precipicio. A nuestra espalda. Dispuesto a tragarnos a los dos.

Porque eso es lo que hacen las gargantas.

Pongo el freno de mano y por poco me quedo con la palanca en la mano. Algo trepida hasta trabarse en el capó. Me parece que no va a funcionar cuando las ruedas patinan y perdemos terreno palmo a palmo, pero al final resulta que el viejo coche de mi padre consigue imponerse y se detiene. Frío su motor, callado su capó, quieto el chasis.

Está harto. Harto del radiador al maletero, quemado de intermitente a intermitente. Más harto que la burra que mi abuelo, el buhonero, hizo reventar. La aguja de su temperatura apunta muy alto, es pretenciosa. Cuando comprendo que su motor tal vez esté a punto de griparse, caigo en la cuenta de que mi corazón quizás esté a punto de estallar.

Me he puesto histérico, conduciendo hasta aquí. Somos tal para cual, el trasto este y yo.

Son las once de la noche. Estamos los dos quietos y en silencio en la pendiente hacia una mansión de las que se levantan en

solitario sobre las montañas que hay más allá de las luces de las farolas. La casa de un rico que quiere que un pintor acabado le haga un retrato al óleo. ¿Qué clase de hombre adinerado quiere que los retratos al óleo se los haga un pintor como yo? ¿Qué rico estará a la altura de los lamparones de pintura y, sobre todo, de porquería que se despliegan por todo mi eterno chándal, desde hace semanas?

El tío vive en uno de esos chalés que hay en las afueras de la ciudad. Tiene que estar podrido de pasta, sí. Pero no veo qué hace escogiéndome a mí y menos para que pinte a estas horas. Espero que esto no sea un terrible error, que este no sea uno de esos marrones en los que alguien se busca a un yonqui porque necesita a la clase de tipo al que nadie echará de menos, cuando desaparezca.

Y a mí me da que nadie se dará cuenta, si un día desaparezco. Tengo cuarenta y un años, cincuenta y siete euros, un Talbot Horizon al que se le acaba la gasolina y el aceite, que no atravesará ningún control policial; y no, no tengo donde caerme muerto, si no es en mi coche, que acaba de caerse muerto.

Vuelvo a pensar en lo que hizo mi abuelo, el buhonero. Trabajó media vida como recadero y la otra media como mercachifle, siempre llevando paquetes y quincalla en una burra con la que se pateó mil veces los Pirineos. Sobrevivió refugiándose en montañas como ésta, que le permitieron resistirse a la popularización de los servicios de correos y las compañías de envío de mercancías. Con todo, mi yayo resistió a las inclemencias del tiempo y del camino. Aguantó cuanto le tiraron, pero su burra no. Su burra se derrengó en redondo, como uno de esos ciclistas que se desploman de muerte súbita durante la subida a un puerto de montaña.

Caigo en la cuenta de que si repito semejante estupidez y reviento mi burra contra estas montañas no habrá ningún tío abuelo borde para contarles la batallita a mis nietos. Mis nietos. Qué tonto suena eso: yo, con nietos. Nietos, míos. ¿Mis nietos? ¿Eso es un oxímoron?

No sé.

No sé que hay un ruso que me vigila. Yo todavía no puedo saber eso, pero ya lo averiguaré cuando me lo expliquen todo; entonces comprenderé cómo me ha seguido hasta aquí, el armario al que han puesto tras mis ruedas. No es ningún aficionado, ha conducido dos kilómetros muy duros con las luces apagadas y manteniendo la distancia. Ahora me está mirando y se pregunta qué demonios me pasa. Se pregunta si voy a ponerme a batallar de nuevo con el encendedor del salpicadero.

Yo estoy a oscuras, muy a oscuras, obstruyendo una carretera secundaria de las que serpentean por el cinturón de montañas que se despliega tras la ciudad. La luna apenas consigue iluminar las nubes y el resplandor del casco urbano sólo puede contornear la cordillera que se ve en mi retrovisor. El silencio que le ha tomado el relevo a la tos asmática del Talbot Horizon me recuerda que estoy rodeado por mil árboles que se mecen al ritmo del viento, árboles en los que se esconden los ojos de mil animales, animales a los que comienzo a escuchar, cantando al ritmo del viento. Mi coche se acaba de parar en una rampa dura y no me veo con corazón de abandonarlo ni creo que mi corazón lo resista si trato de llegar a la casa de mi cliente empleando mis pobres piernas. Porque me tiemblan mucho las piernas. Y no es por el helor insoportable que hace.

Tampoco puedo joderla ahora. No puedo perder este trabajo. Es el primero decente que consigo desde que me echaron de París.

Siento como que nada lo que pueda hacer ahora vaya a reportarme nada bueno y eso es exactamente lo que llevo sintiendo desde que cumplí los quince años.

Así que decido no decidir.

El mono me está matando.

Me lanza cacahuetes desde su jaula. Me tira cocos desde lo alto de su palmera. Me arroja rocas enormes desde la cima de su montaña.

Mi mono es como uno de esos gorilas que suelen sacarte a hostias de una discoteca cara cuando tratas de comprarle nieve

barata al camello del lugar. Calienta la cuchara, me dice. Y yo reclino el asiento del conductor. Vas a bombear, me dice. Sé que estoy obstruyendo una carretera llena de curvas y hecha para los coches que tienen los ricos, pero también sé que son las once de la noche de un miércoles de diciembre, y que nadie tiene que hacer nada bueno por aquí a estas horas. Nadie salvo yo, que nunca tengo nada bueno que hacer.

Así que no hago nada bueno. Hago lo que hago yo. Follarme a la heroína de mi peor historia en cualquier callejón. Dejarme llevar por la única pasión que me hace vibrar ya. Paro el mundo, le digo al globo que deje de orbitar, a la Tierra que ya no gire más. Suena en mi cabeza la aguja de un tocadiscos derrapando sobre el vinilo. Por un momento no hay traslación ni rotación ni puede oírse el rumor del viento en los árboles ni brillan las estrellas ni cantan los grillos ni se escuchan pájaros nocturnos. Una papela de polvo blanco sin más polvo blanco se desliza por mis manos, una cortina de nubes corre sobre la luna llena y una bruma muy fea pasa sobre la córnea de mis ojos, que miran a través de la ventanilla. Al poco, aflojo la goma de mi brazo y la jeringuilla queda vacía. Como mi cabeza.

Dentro de mí estalla el maíz con el que se hacen las mejores palomitas.

En mi pecho retumban tabiques auriculares y ventriculares, mi corazón golpea sus paredes del mismo modo en que suelen golpearse las de una celda acolchada. Sístole. Diástole. Sístole. Diástole. Sacadme de aquí. Sístole. Diástole. Matadme.

Pasan unos instantes de esos que no pueden medirse con ningún reloj. Un tiempo de los que están más allá de cualquier agujero negro. Minutos que podéis borrar de toda realidad. Un lapso privado en el que sólo quepo yo y nada más importa. No sé decir si eso dura mucho: me basta un fogonazo de felicidad, algunas veces. Otras me paso colgado media hora, o eso me han dicho. Al fin y al cabo nadie sabe decir cuánto dura un orgasmo.

El aire helado de las montañas del desierto me saca de mis delirios, me abofetea y me devuelve al mundo de los vivos, reparado, pero no del todo. Estoy un poco adormecido. El sudor sobre mi piel se está comenzando a secar y me ha abandonado el temblor que suele zarandearme las manos cuando tengo el mono.

Ahora podré pintar, le digo al panel de mandos de mi Talbot Horizon.

Pero él no tiene colores.

Él sigue noqueado. No se ha repuesto de lo suyo. Yo sí. No él. Ambos estamos encajándole los tirones a la vida, pero a ninguno de nosotros nos salen gratis los grandes subidones, los grandes bajones que vienen después.

La pendiente. El barranco.

Me palpita todo el cuerpo. Sístole. Diástole. Sístole. Diástole. Sístole. Diástole. Un latido más y sabré que si tengo un sitio en este mundo es en el interior de esta berlina desvencijada.

Porque mi coche es la única cosa que hay en el mundo que todavía no me ha dejado tirado. No del todo.

Y yo no puedo abandonarlo así, no puedo despedirme de él aquí en medio. No, porque eso es lo que llevan haciendo conmigo desde que cumplí los quince años. Tengo que darle una patada, a mi viejo coche. Un chute de gasolina más, otro empujón. Vamos amigo mío, le digo, puedes hacerlo, puedes seguir acompañándome.

Puedes llevarme hasta la casa de mi cliente. Faltan veinte minutos, si no se te ha averiado también el reloj del salpicadero. Venga, campeón, llévame hasta la mansión del dinero y tal vez eso consiga pagarme a mí los opiáceos que licuo y a ti los hidrocarburos que vaporizas. Mi heroína, mi morfina, mi codeína, mi cocaína, mi anfetamina, mi ketamina y tu gasolina nos cuestan mucho dinero.

Y a nosotros nadie nos presta de eso. Valemos poco, amigo mío.

Levanto el asiento, me limpio las babas, doy gracias a Satán por no haber muerto aquí en medio y me pregunto qué coño

hago al chutarme en una carretera de un solo carril, que no tiene ni cuneta ni arcén. Por qué ahora. Por qué cuando lo dice mi coche.

No cuando lo diga yo.

Me he vuelto loco.

Dios santo, qué demonios estoy haciendo. Picarme en un coche calado en una carretera sin farolas. Soy el tío que limpia la jaula de ese mono del circo que no puede evitar cascársela ante el respetable.

Pongo los dedos sobre la llave y el contacto me dice que pruebe a arrancar.

Temo que ésta haya sido la última carrera de mi viejo coche. Miro la basura en el suelo del asiento de atrás, las manchas de la tapicería y la mugre del salpicadero y decido volverlo a intentar.

Una vez más.

No te rindas, le digo. No te rindas ahora porque todavía nos quedan muchas venas en los brazos, amigo.

Le doy al contacto. Las luces del salpicadero se encienden y cuando suena la voz cazallera de su motor es como escuchar el rumor de las olas del mar desde una playa sin gente.

Mi viejo coche se ha puesto en marcha.

Una vez más.

Me intentará sacar de aquí, sacarme de todo.

Pongo primera y voy quitando con cuidado el freno de mano. Mi corazón las pasa putas lo mismo que el de mi viejo Talbot Horizon. Ambos suenan como motores de dos tiempos. Sístole. Diástole. Sístole. Diástole. Sístole. Diástole.

Entonces noto que el pulso bajo el capó se embravece, parece que haya recuperado fuerzas lo mismo que yo. Ambos nos hemos repuesto con nuestros respectivos pinchazos. Volvemos a ser un equipo.

Un equipo perdedor, pero aquí lo que importa es participar.

Poder participar.